PERFECTA IMAGINACIÓN.

Nunca antes puse atención en el silencio tan grande de esta casa, a simple vista se diría que es el sitio más acogedor. ¡Es una maldita pena! Nuestro sueño enfrente y nuestra vida hecha pedazos. Tenias que irte tan pronto, tenias que dejarme. Con todo este... sentimiento... ¡Me hubiera gustado matarte con mis propias manos! Y luego... ya es tarde, debo ir adentro. Deja de idear estas cosas –se reprochaba mientras colocaba su mano izquierda en su frente–, es malo pensar en esas cosas, si no fuera por esta pizca de conciencia...

Dio media vuelta, tiro el cigarro encendido y lo vio salpicar pequeñas chispas incandescentes entre la tierra, el efecto no duro mucho pues la humedad y el viento borraron sus últimos intentos por sobrevivir. Subió la mirada dirigiéndose hacia la casa, lo vio parado en el pórtico. Hizo un gesto de disgusto y escupió. Camino hasta la entrada con la cabeza agachada.

–¿Qué es lo que haces aquí?

–Mi último intento por llevarte a la orilla –contesto el hombre con un gesto de confianza–. Preguntarte cómo estas sería en serio estúpido de mi parte. Vuelve a la ciudad. Venderé esta cabaña en cuanto lleguemos y...

–Sabes bien que pasare un tiempo en este lugar. Ya conoces mi vieja costumbre de hundirme, aún bajo los escombros.

–Eva de verdad se va a enojar conmigo, le prometí llevarte con todo y melancolía.

–Dile que la melancolía es mi adicción. Vete amigo, amo a la soledad.

–Bueno, de verdad lo siento. Lamento mucho las circunstancias del destino...

–Sabes que nada tienes que ver con ello, para poder lamentarlo. Adiós.

–¿Cuánto tiempo?

–Lo desconozco.

–Me da temor dejarte con tanta soledad.

–Siempre he estado solo. No es nada nuevo. Carlos subió a su auto y se fue.

Eva lo espera en esa habitación de paredes color cáscara de naranja; imagino su llanto y sufrimiento por la perdida de su maravilloso esposo: Carlos muerto en un accidente mientras regresaba a la ciudad ¡Basta! Siempre es lo mismo. A veces yo mismo me aterro con estos pensamientos. Me atormentan igual que cuando voy al museo y veo a todos esos animales disecados, sin vida pero moviéndose, mirándome y a punto de saltar encima de mi. Creo que no les tendría tanto miedo si me los encontrara de frente. Ya es tarde, nuevamente me he perdido en... Debo entrar ya. La noche es espesa en este lugar, la luna hace un circulo perfecto en el agua, es bello poder verlo desde la ventana de mi cocina. ¡Con vista al lago! Como ella lo deseaba ¿de qué sirve ahora?

Se dejo caer siguiendo con la espalda la trayectoria de la pared, y comenzó a llorar con una desesperación que daba lastima. Sus manos delgadas y largas ocultaban el dolor de sus pequeños ojos cafés. Después de unos minutos calló, fue el sueño quien lo atrapo dándole calma y un poco de olvido. Subió por las escaleras viendo el resplandor de la luna. La madera estaba algo desgastada y rechinaba con el mínimo movimiento. No era una casa muy grande, tenía un color deslavado. La madera perdió su tinte con el paso del tiempo. Las ventanas eran las únicas que conservaban su blanco original gracias a los retoques de

los dueños anteriores. Los muebles daban el aspecto de limpieza total, aún con su vejez en cima.

Arriba nada podía apreciarse a simple vista entre tanta oscuridad, y aun con esto, no encendió la luz porque era costumbre suya andar por todos lados sin ver nada, con la esperanza de que sus generaciones próximas lograran ver entre las tinieblas, gracias a sus precauciones. Eso era lo que pretextaba ocultando su verdadero objeto: vencer su enorme miedo a la oscuridad.

Se quito los zapatos e hizo a un lado las cobijas abriendo su lecho. Hacía frío, intento ignorarlo con la mirada clavada en el suelo. Una lagrima intento aventurada salir del fondo de su tristeza, la detuvo en el nombre de la soledad. No iba a ser placentero sentir el frío cuando estaba solo. Ya dentro de la cama con la mirada en el techo el sueño se fue. Un terrible sonido se escucho abajo.

¡La cocina! Fue en la cocina, lo escuche. Soy tan torpe, deje todo desacomodado. No me pesará bajar, ¿que de malo tiene andar por ahí a estas horas, cuando nada tengo que hacer? Bajaré las escaleras y me estará esperando... con un cuchillo, una pistola, ¿un bat? Cualquier arma... Ahí voy. ¡Nada! Ahora si puedo ir al psiquiatra y contarle todo lo que pienso e imagino, ya tengo una razón segura para quedarme. Todo esta en su lugar, ese ruido seguro fue una manera de gritarme a mi mismo ¡que ella no esta aquí!

En la cama nuevamente escuchó aquel sonido. Voy a bajar y seguro no encontraré nada, todo lo dice, incluso esas nubes tan separadas en el cielo. Esta observación le hizo

subir a la azotea. Una vez arriba miro a su alrededor: la casa estaba en medio de un desierto verde, un bosque lo encerraba y el lago que tenía por patio trasero reflejaba el astro lunar cuan hermoso era. El viento estaba ligero pero frío, dramáticamente se vio muy solo en aquella lejanía. Cuando estuvo a punto de entrar en pánico miro al cielo, vio las estrellas quietas y atentas a sus movimientos.

"Todos estamos solos" se dijo a si mismo riendo con ironía. Se sentó en el piso abrazando sus rodillas con sus brazos. Después de un rato volvió a la cama para dormir hasta el amanecer.

En la mañana se percato de la vida subiendo con el sol por la ventana. Salió a respirar la humedad del pasto y la frescura del agua. Estaba parado con la casa a su espalda y lo sintió, por detrás como un líquido frío, luego persistió en su nuca como un cosquilleo. Volteó a comprobarlo... alguien lo miraba desde la casa pero... ¡no había nadie!

Era obvio, ¿para que volteé? Debo parecer un paranoico y si alguien cuerdo me observara diría que estoy loco. Estoy quedando mal incluso conmigo mismo.

Pasó el día afuera husmeando en el bosque, camino con toda la esperanza de olvidar su miedo. En vano fue. Caminaba despacio tratando de disimular su asustado gesto. Advirtió que alguien lo seguía, escuchaba la ligera voz del viento maniobrar a su lado con tal de no chocar con una silueta, que tenía al lado.Llego a desesperarse por la presencia de la invisibilidad.

¡Basta! ¡Le tengo demasiado miedo a la vida como para preocuparme por ustedes! Dijo una que otra palabrota esperando mostrar su temperamento irreal. El viento se volvió irrelevante, otras reflexiones aparecieron en su mente como resultado de la confianza que sus enunciados lograron. Esa noche durmió lo que no había podido dormir las noches anteriores. Sus sueños fueron entorno al suceso más doloroso de su vida, veía una y otra vez a Berta hundida en esa caja. Reducida la que sería su felicidad, a un cadáver que no provoca satisfacciones hasta que esta bajo tierra, o reducido a cenizas. Enorme diferencia entre el concepto de una muerte compartida, a la partida inesperada y frustrante.

A la mañana siguiente lo primero que hizo fue ir a la ducha. El cuarto de baño era un pequeño cubículo donde apenas coexistían la taza de baño, la regadera y el lavabo. Abrió la regadera esperando encontrar la temperatura ideal. Se quito toda la ropa y entro bajo la lluvia artificial, tenía un sonido propio y alarmante. Por alguna razón sus sentidos se unieron bajo un impulso de nervios. Su oído persistía en avisar pasos en el segundo piso, su olfato le recordaba un olor conocido pero extraño. Al sentir el agua en la piel un escalofrío lo acompaño. Empezó a enjabonarse el cabello, la vista se le nublo y el ansia por recuperarla lo mortifico. Imaginó una persona sin color, transparente y a la vez amarillenta, con facciones casi esqueléticas, luego los vio... sí los vio, eran más de uno, detrás, adelante, a su costado, a punto de tocarlo con sus dedos puntiagudos y larguísimos. Creyó tener el cuerpo lleno de alimañas, convulsiones instantáneas lo apresaron. Por fin con sus manos retiro todo el jabón de su rostro, para hacerle frente a lo que compartiera el baño con él. Dejo de mirar con la mente, estaba completamente solo. Olvidándose del frió se arrincono entre las paredes del baño forrado en mosaicos grises. Se volvió a sentir estúpido.

De verdad que quien me viera se reiría de mi, se moriría de la risa de mi paranoia. Debe ser un “premio“ por el trauma de comprar esta maldita casa en el peor momento. Volvió a poner atención en el baño, en el techo pintado de blanco corroído por los hongos negros y verduzcos. Pero aún sentía su presencia. Tal vez sentado en el suelo, tal vez mirándolo a los ojos... Termino por salir y vestirse a toda velocidad, disimulando que era dueño de su calma. Hablaba en voz alta para demostrar que estaba abstenido en la planeación de una visita al pueblo.

El auto estaba muy frío, durante unos minutos se quedo apretando el acelerador, con la mirada puesta en las ventanas. Ahora divisaba una sombra negra sin rostro que miraba con recelo. Por fin arranco, tomo la vía más rápida al pueblo a través del bosque. Paisajes del dominio más extravagante lo tranquilizaron. Llego al pueblo, estaciono su vehículo frente a una tienda, justo enfrente vio un par de hombres que cuchicheaban algo señalándolo.

Esto es todo, están hablando de la leyenda que oculta mi nuevo inmueble. Seguramente fue victima de un percance psicópata que tuvo que ver con la muerte de una familia entera, o posiblemente fue construida sobre un cementerio... o simplemente se divierten con mi historia: un hombre de edad madura que espero su retiro para poder irse de la ciudad con su esposa... No era mucho dinero, no era casi nada pero, bien nos hubiera servido para construir un final juntos. Esa era la mansión de sus sueños, no pedía otra cosa. Fue lo único que me pidió y no se lo pude dar a tiempo. Qué patético soy, tienen razón de señalarme.

Esperó cada momento que estuvo en el pueblo una aclaración, una historia de hadas o de fantasmas que concordara con los horrores de su hogar. En el pueblo solamente se encontró con sonrisas comunes por una nueva compra, por un aporte económico mayor al que sus usuarios acostumbraban. Fue todo lo que recibió. De vuelta, mientras manejaba se le vinieron a la cabeza un sin numero de historias, que tenían que ver con fantasmas y que, podrían ajustar perfectamente al misterioso comportamiento de su residencia. Historias clásicas que marcan una razón para creer, un asunto pendiente que se pueda resolver.

Tal vez una misa o quieren que me valla, que se cumpla justicia o tal vez... no... no puede ser... es una tontería tan solo pensarlo. Debo terminar con esto, le hablare a Carlos mañana mismo y me iré a la ciudad. Comprare lo primero que él señale indicado y me voy.

Como aquella era la última noche que pasaría en ese lugar, fue a la cama temprano esperando poder descansar. Sus esperanzas fueron en vano, a partir de que la oscuridad se apodero de la casa, los pasos siguieron marcándose en el techo, las puertas abriendo y cerrándose, extraños ladridos golpearon con eco el espacio y el movimiento se apodero de las sombras. Se levanto y con su nueva teoría en la cabeza camino por los pasillos. Se aferró a ella como lo hubiera hecho con la religión, de haber podido creer en Dios. Y de la misma forma en que toma una cruz el que teme a los vampiros, él se aferró aquel nombre como arma: Berta... Berta... Varias veces repitió mientras recorría los pasillos, y las puertas se cerraban como acertando algo que no entendía.

* * *

Aquella tarde cuando llego Carlos, abrió la puerta y se alegro de no haber dicho una palabra, porque de lo contrario hubiera interrumpido un silencio casi impecable, parecido al

que habita en las iglesias. Lo único que llenaba al ambiente era la tenue voz de su amigo, quien sentado en la mesa de la cocina hablaba al aire:

–En serio, como me hubiera gustado decirte esto cuando me *hablabas*. Suena divertido y no tan duro como se me figuro cuando nos *veíamos*, es que el mundo es tan serio cuando puedes *escuchar* una respuesta, un reclamo...

–Supongo que no hay nadie más aquí ¿cierto? Pregunto Carlos.

–No.

–Traje los papeles, ¿te los dejo aquí? Si no tienes inconveniente, imagino que no, me iré a dormir un momento. La última vez que vine tuve que regresar sin descansar y casi me mato.

–Adelante, toma la habitación que más te agrade. Pero no me iré.

–Me hiciste venir en vano, supongo que ahora debo decir: para eso estamos los amigos –se encogió de hombros–. Ya lo sabia, pero quería un tiempo con mi mejor amigo. Lo tomo de los hombros y se sentó a su lado. Platicaron durante horas del pasado, de las maravillas que regala la juventud, y las desgracias que depara la vida cuando comienza a importar. Nada hubiera podido interrumpir excepto el cansancio especifico de las doce.

A Carlos le llamo mucho la atención la hermosa vista que tenían las ventanas de la habitación contigua a la de su amigo, por lo que decidió dormir aquí. Apenas había cerrado los ojos el seguro de la ventana hizo un sonido seco. Se había cerrado solo. No le presto igual esmero como cuando escucho el tronido de la madera, similar al sonido que causan los pasos. Claro se escucho el movimiento en rechinidos de la ventana hasta la cama. Esto solo lo aturdió, lo que realmente lo hizo levantarse fue el sentir la presencia de alguien más

en su cama, como si se sentaran junto de el. Salió corriendo hacia el pasillo principal. El silencio hacía sospechar, se asomo y vio a Adrián de rodillas charlando al aire, dirigiéndose a su esposa fallecida. Las puertas comenzaron a rechinar y abrirse con brusquedad, los relojes se volvieron locos y sincronizaron sus manecillas para enloquecer a quien los escuchara, gritando a un volumen tan elevado. La luz de la luna permitió a las sombras salir de su escondite; pasaban por todos lados con su mirada fija en Carlos.

–¡Salgamos de aquí! Grito con desesperación.

–No me iré. Es Berta, ¿no la oyes? Me pide que me quede. Me iré con ella. Este era nuestro sueño.

Seguido de esas líneas entro en su cuarto cerrando la puerta de un golpe. Carlos llamo a la puerta unos segundos, desistiendo al percibir la espalda desprotegida. Sin pensarlo salió corriendo al bosque, donde extrañamente la noche era más clara. Su respiración era agitada, apenas resistía el paso, juraba que alguien lo seguía. Se detuvo en un árbol cuando presintió estar solo y a salvo. Casi se cae si no hubiera sido por un hombre que lo sostuvo. Esto lo espanto aún más e intento manotear para salvarse.

–¡Espere! Espere. No fue mi intención asustarlo. Tengo entendido que usted estaba hospedado en la casa cercana al lago.

–Si. Contesto sin aliento. –Hay algo malo en ese lugar.

–Esa casa es la más inofensiva de la región –rió–, es cálida en invierno y fresca en verano, el problema con ella han sido sus inquilinos; personas con demasiada... imaginación, por llamarla así, la oscuridad se aprovecha de esa capacidad de inventiva que tiene la mente humana para crear cosas. Las peores victimas son los niños, desarrollan tanto

la imaginación que son los primeros en perder la batalla. No regrese amigo. Le aconsejo vender a alguien que no le guste pensar.

–Mi amigo esta ahí dentro. Debo ir por él.

–¡Olvídelo! En esa oscuridad nadie puede ver.

–¿No cree que lo encuentre?

–Si tiene la suficiente imaginación, lo hará.

Carlos hizo una mueca de disgusto y dio media vuelta con el horror en las pupilas y el pensamiento aturdido. Sin hacer más caso a lo que ahora sabía se adentro al sendero iluminado por la luna llena de vuelta a la casa.

Fin

Fénix.